

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

LOGROÑO, un mes UNA peseta.—FUERA, trimestre, pago adelantado, en la Administración TRES pesetas.—Cuba y Puerto Rico, semestre DIEZ pesetas.—Países de la Unión Postal y Fuerza Aérea, semestre CATORCE pesetas.

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA RIOJA.

Será considerado como suscriptor todo aquél que no devuelva los números a la Administración del periódico.

Número suelto, 5 céntimos. Atrasado, 10.

**H. SÁNCHEZ**  
OCULISTA

Médico honorario del Hospital provincial  
Consulta diaria y operaciones de 10 a 1 y de 4 a 6

Gratis a los pobres de 9 a 10 en el Hospital

Calle del Mercado, 45. 3.—LOGROÑO

ALBERTO RIVERA Oculista

Travesía del Pinar

SANTO DOMINGO DE LA CALZADA

Consulta diaria y operaciones de 10 a 1 y de 4 a 6

Se arrienda el local planta baja de la calle Soria. Para tratar con su dueño Juan Marrodán que vive en su fábrica, próximo a la plaza de toros.

A los compradores de vino.

José Berenguer, ofrece los servicios de comisión y arcares y envases desde Aldeanueva de Ebro a la estación de Rincón de Soto, al precio de 30 reales por cada 100 cántaras de vino. Diríjase Aldeanueva.

Miscelánea

El suceso más importante del día es la manifestación celebrada en Madrid en pró de la moralidad municipal. Con toda extensión se ocupará de ella la prensa madrileña dándoles a conocer ilustradas reflexiones acerca de ella y cuantos detalles crea que han de interesar a los lectores.

En la sección telegráfica insertamos noticias que darán una idea bastante aproximada de lo que ha sido la manifestación y las impresiones causadas en el público madrileño; cuando los conocemos diremos cuáles son los juicios de la prensa.

Entre tanto, lo que salta a la vista es que el Gobierno se encuentra con un grave tropiezo en su camino. Al tomar las denuncias todo el vuelo que tomaron, declaró el Gobierno que su conducta en este asunto consistía en dejar a los tribunales que obrasen con entera libertad absolviendo o castigando según su leal saber y entender. El público no se satisface con esta solución: recorrió que el poder ejecutivo toma medidas más eficaces todos los días contra otros Ayuntamientos, preparando el camino de la justicia, suministrando pruebas y datos, suspendiendo a los presuntos culpables, etc., y manifestó su disgusto por diversos hechos que son bien conocidos. Insistió el Gobierno y el conflicto quedó planteado.

Así las cosas, se realiza la manifestación: desde los políticos más influyentes y que más representan, hasta el humilde vecino; madrileños y forasteros, se ponen frente al Gobierno y junto a ese acto de los madrileños, tan importante como pocas veces se ha visto, están las adhesiones tácitas o expresas de otras muchas personas y corporaciones de fuera.

No puede negarse que el acto realizado por Madrid es de los que dan con un Gobierno en tierra y si bien el conservador, por las circunstancias que atravesamos, está más firme que otros, nada tendría de particular que total o parcialmente tuviese que abandonar el poder.

Aunque esto no sea más que un juicio nuestro y de él no sea lógico sacar conclusiones como si se tratase de un hecho cierto, conviene pensar en el efecto que causaría en los actuales momentos una crisis motivada por asuntos de moralidad; y aun más en lo triste que sería ver que la manifestación de ayer no había servido para nada práctico y que el pueblo, aun haciendo un esfuerzo extraordinario no podía vencer al Gobierno que se muestra remiso para perseguir irregularidades y fraudes.

## LA SEMANA EN LA BOLSA

Lo más importante de la semana ha sido la entrega de interior y exterior en el día de la

ciéndola conocer las ridiculeces de su abuela para que las respetase y las huyese.

Todas las noches, al ir Mr. Daburon a casa de madame de Arlange, estaba seguro de hallar a Clara en compañía de la Marquesa, y por eso iba. Al escuchar, sin fijarse, las extravagancias de la anciana y sus interminables anécdotas de la emigración, contemplaba a Clara como un fanático contempla á su ídolo.

Con frecuencia, llegaba en su éxtasis a olvidarse de dónde se encontraba y aun de la Marquesa, cuya voz era un zumbido sin expresión que retumbaba en su oído. A veces, al responder, se comprometía haciéndole fuera de propósito y provocando los más extraños *quid pro quo*, que luego trataba de explicar. Mme de Arlange no se daba cuenta de estos extravíos; y como ella hablaba por siete, importaba poco que la contestasen ó no; teniendo auditorio le bastaba.

Cuando el juez tenía que ir á sentarse á la mesa de juego, maldecía al inventor de las cartas: cometía todo género de torpezas, y aunque la anciana le reprendía, como la permitían ganar, las aprobaba y se aprovechaba todo lo posible de aquellas distracciones, guardándose sin pudor un dinero así ganado.

La timidez de Mr. Daburon era extremada. Clara, era de una reserva casi feroz, y no se hablaban. Durante todo el invierno, el juez dirigió ocho ó diez veces la palabra á la joven; pero al menos la veía, respiraba el mismo aire que ella; oía su armónico acento y se embriagaba con su perfume, que á Mr. Daburon le parecía celestial.

Jamás se había atrevido á preguntar el nombre de aquel perfume que de los cabellos y de las ropas de la joven se desprendía, pero después de revolver varias perfumerías, en las que sin duda pasó por un loco, tropezó con él, y de él impregnó las sillas, las colgaduras

do que él era noble ó debía serlo, y manifestaba deseos de verle ostentar en sus tarjetas un escudo de armas.

Cómo, decía, vuestros padres que fueron gentes de posición, que desempeñaron cargos importantes;

como no pensaron en dejaros un título, y hoy tendréis

pergaminos presentables?

—Mis antecesores tuvieron talento, exclamaba monseñor Daburon, y quisieron ser los primeros entre los labradores, y no los últimos entre los nobles.

Los que se admiraban de la asiduidad del juez en casa de la Marquesa, no conocían ciertamente á su linda nieta. No era extraño, salía tan rara vez. La anciana no gustaba de llevar cuidados, y menos de hacerse acompañar por una persona, ante la cual tenía que reportarse y no contar cuentos y anécdotas picantes, que formaban su delicia.

Clara de Arlange acababa de cumplir diecisiete años; era graciosa, dulce, con un rostro que rebosaba candidez; tenía cabellos rubios, que peinaba sin pretensión, y caían en gruesas trenzas sobre sus hombros. Era esbelta, y sus ojos azules, sombreados por largas pestañas, tenían adorable expresión.

Un perfume extraño de pureza aumentaba el encanto de esta joven, y el que este perfume apareciese extraño lo debía á la Marquesa, porque nadie podía esperar que encontrara, al lado de aquella anciana picante, un ángel de candor. Se admiraba en ella ingenio superior al de su abuela, instrucción nata vulgar y apreciaciones bastante exactas respecto á la sociedad en que vivía.

Su educación la debía al aya, en quien descuidaba la Marquesa su penoso cargo de madre.

Esta aya se llamaba Mme. Schmidt; y aunque fué elegida á la casualidad, tuvieron la fortuna de hallar en ella una persona de ideas rectas e inteligencia clara. Ella sacó a Clara del dominio de las ideas rancias de la Marquesa y la guió por la senda del buen sentido, ha-

# LARIOJA

DIARIO IMPARCIAL DE LA MAÑANA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

calle de Sangüesa, número 25, bajos

TELÉFONO NÚMERO 7

Anuncios á precios convencionales.

Comunicados á 1 peseta linea.

No se insertará artículo alguno que no proceda de la redacción ó colaboradores ya designados, los cuales deberán remitir los trabajos con su firma. Excepcione los comunicados.

No se devuelven los originales.

No se publica los días siguientes á festivos.

## DEL ENEMIGO EL CONSEJO

Aparte los pesimismos sistemáticos á que, respecto de los intereses de España, nos tiene acostumbrados la prensa de los Estados Unidos, lo dicho últimamente por el *Morning Post* sobre la guerra de Cuba, sus contingencias probables, y, especialmente, sobre la misión de España en el caso de sofocarse felizmente la insurrección, no deja de estar, en su punto; y más que por una prensa conocidamente hostil, parece dictado y dirigido al Gobierno español por el mejor amigo que pudiera soñar España.

Cuanto á la ponderación de los elementos que combaten en Cuba, algo apasionado se muestra el citado periódico al admitir la posibilidad de una eficaz resistencia de los insurrectos; pero no hemos de exigir que se vean estas cosas desde Nueva York como desde España, cuando de tan distinta manera se aprecian en nuestra misma nación, según el color del cristal consabido.

Atengámonos al consejo en cuestión, que es de los que se debieran dar y no se da al Gobierno desde Madrid. Piensa el *Morning Post* que cuando se pacifique la isla, España debe aprovechar la lección y desarraigar los gérmenes de descontentos con una administración inteligente y honrada.

En las circunstancias actuales por que atraviesa nuestra política interior, aquella recomendación parece una burla; pero merecida por nuestro Gobierno, el cual, lo mejor que puede hacer, sin embargo, es aprovechar el consejo como si fuera dado con todo el candor preciso para recomendar la moralización de Cuba á los desmoralizadores de la administración española.

Gracias á que, en todo caso, hay algo en España capaz de recibir y aprovechar tan buenos consejos, y digno, por otra parte, no ya tan sólo de aquella misión especial, sino del total destino á que por ley histórica son llamados los pueblos que, como el español, ni ante sus traidores sucumben. Ese algo, esta nación española, capaz de tan poderosos esfuerzos como hemos visto, aun en las circunstancias más críticas, probará cumplidamente, mostrándose ahora poderosa contra el más temible de los enemigos interiores, la tiranía de los infames, que ha de ser para ella fácil obra, como el triunfo material, el triunfo moral de su influencia, de la fuerza y del espíritu de la honrada España en sus colonias.

## DE CUBA

### Opiniones.

En nuestro número anterior dábamos cuenta de las impresiones recibidas por varios oficiales ingleses que asistieron á un combate en Cuba.

He aquí la carta en que se reflejan estas impresiones.

«Señor editor del *World*: Honorable señor: Contesto á su invitación refiriéndole brevemente mis impresiones.

«Unme á la columna del general Suárez Valdés en Sancti-Spiritus. Cruzamos el límite de la provincia de Puerto Príncipe buscando á Maceo. Las marchas eran dificilísimas por los pésimos caminos, las lluvias y el calor.

«Después de una marcha larga tuvimos algunas escaramuzas y encontramos á Máximo Gomez y á Maceo el día 2 del presente diciembre en la plantación llamada «Reforma».

«Hubo un combate importante. El campo de batalla era abierto como de media milla de extensión y flanqueado por bosques. El enemigo estaba oculto en los matorrales y apoyaba su retaguardia en la selva.

«Por toda la comarca se nota bastante animación en el negocio de vinos.

EL PROCESO LEROUGE 95

do que él era noble ó debía serlo, y manifestaba deseos de verle ostentar en sus tarjetas un escudo de armas.

Cómo, decía, vuestros padres que fueron gentes de posición, que desempeñaron cargos importantes; como no pensaron en dejaros un título, y hoy tendréis pergaminos presentables?

—Mis antecesores tuvieron talento, exclamaba monseñor Daburon, y quisieron ser los primeros entre los labradores, y no los últimos entre los nobles.

Los que se admiraban de la asiduidad del juez en casa de la Marquesa, no conocían ciertamente á su linda nieta. No era extraño, salía tan rara vez. La anciana no gustaba de llevar cuidados, y menos de hacerse acompañar por una persona, ante la cual tenía que reportarse y no contar cuentos y anécdotas picantes, que formaban su delicia.

Clara de Arlange acababa de cumplir diecisiete años; era graciosa, dulce, con un rostro que rebosaba candidez; tenía cabellos rubios, que peinaba sin pretensión, y caían en gruesas trenzas sobre sus hombros. Era esbelta, y sus ojos azules, sombreados por largas pestañas, tenían adorable expresión.

Un perfume extraño de pureza aumentaba el encanto de esta joven, y el que este perfume apareciese extraño lo debía á la Marquesa, porque nadie podía esperar que encontrara, al lado de aquella anciana picante, un ángel de candor. Se admiraba en ella ingenio superior al de su abuela, instrucción nata vulgar y apreciaciones bastante exactas respecto á la sociedad en que vivía.

Su educación la debía al aya, en quien descuidaba la Marquesa su penoso cargo de madre.

Esta aya se llamaba Mme. Schmidt; y aunque fué elegida á la casualidad, tuvieron la fortuna de hallar en ella una persona de ideas rectas e inteligencia clara. Ella sacó a Clara del dominio de las ideas rancias de la Marquesa y la guió por la senda del buen sentido, ha-

nía la inmovilidad del mármol, reflejaba en aquel momento crueldes angustias. Era que el nombre de Comarca, pronunciado de improviso, cuando menos lo esperaba, despertaba en él dolorosos recuerdos y entreabria una herida mal cicatrizada. Le recordaba aquél nombre un suceso que había matado en flor las ilusiones de su vida, é involuntariamente aquella época se le presentaba, haciendole subirte todas sus amarguras. Una hora antes la creía muy alejada de su vida, y una palabra la había, hecho surgir clara y distinta, y parecía que aquél suceso que se mezclaba el nombre de Alberto Comarca databa de ayer, aunque había ocurrido hacia dos años.

Pedro María Daburon pertenecía á una de las familias más antiguas del Poitou; tres ó cuatro antecesores suyos habían desempeñado los primeros cargos de la provincia; cómo no legaron á sus descendientes títulos y escudos de armas? Caprichos de la suerte.

El padre del magistrado reuníó en torno de la antigua casa solariega que habitaba, más de ochocientos mil francos en tierras, y por su mujer se enlazaba con la primera nobleza del país, una de las más exclusivistas de Francia; su madre era una Cottevise.

Cuando Daburon hijo fué nombrado juez en París, le abrieron desde luego cinco ó seis salones aristocráticos, y no tardó en extender el círculo de sus relaciones.

No tenía, sin embargo, ninguna de esas cualidades que forman la reputación en los salones; era frío, grave, reflexivo, tímido á veces hasta la exageración; inteligencia carecía de brillantez, de ligereza, no tenía esas oportunidades que cautivan, é ignoraba por completo el arte de hacerse amar. Como todos los hombres que sienten mucho, era poco hábil para traducir sus impresiones.

Sin embargo, le buscaban, le halagaban por cualidades más sólidas, por la nobleza de sus sentimientos, y





